

VENCEDOR Y VENCIDO: HĀŠIM B. ‘ABD AL-‘AZĪZ FRENTE A IBN MARWĀN AL-ĶILLĪQĪ

Luis MOLINA
Escuela de Estudios Árabes, CSIC
Granada

Introducción

La guerra en la Edad Media era en buena medida una actividad económica, tanto de forma indirecta, por medio de la incorporación de territorios cuyas rentas incrementasen los ingresos fiscales del conquistador, como directamente, gracias a la consecución de botín. Existía una tercera forma de obtener beneficios: mediante el cobro de rescates por los prisioneros de rango capturados en combate, rescates que en ocasiones eran de tal cuantía que superaban con creces los logrados con el saqueo y la rapiña de ciudades y plazas.

En la época de esplendor de la caballería, los caballeros entraban en combate –las contadas ocasiones en las que se planteaba una batalla campal, contingencia que ambos bandos procuraban evitar habitualmente– con la relativa tranquilidad de saber que el enemigo había de respetarle la vida, caso de caer prisionero, para obtener por él un provechoso rescate. Eran contadas las ocasiones en las que esta costumbre no se respetaba y los caballeros cautivos eran pasados a cuchillo, siguiendo en ello la misma suerte que casi siempre corrían sus connilitones plebeyos, en especial los odiados arqueros. Célebre es sobre todas las otras la jornada de Agincourt, en 1415, en la que el rey inglés Enrique V ordenó dar muerte a los nobles franceses que habían sido hechos prisioneros en el encuentro, ante el estupor y el rechazo de sus oficiales, que veían en esa acción un ignominioso atentado al código caballeresco y un notable perjuicio económico por la pérdida de los suculentos rescates que hubieran podido obtenerse. Pero lo habitual era que los derrotados en batalla que caían en poder

de los vencedores vieran respetadas sus vidas cuando podían pagar por ellas, de acuerdo con unas pautas de conducta que han sido convenientemente estudiadas en lo que se refiere a la Europa cristiana¹. En cuanto al mundo islámico occidental, no es preciso recordar la figura del alfaqueque y las órdenes religiosas dedicadas a la liberación de los cautivos cristianos en la otra orilla del Estrecho; pero para los primeros siglos de al-Andalus, para el período omeya, carecemos todavía de estudios que arrojen luz no sólo sobre la cuestión que ahora nos ocupa, el tratamiento que se da al cautivo en batalla, sino en general sobre la guerra en sus diversas facetas. Si para siglos posteriores contamos ya con algunos trabajos sobre las relaciones militares entre los reinos cristianos septentrionales y al-Andalus², para los tres primeros siglos de presencia musulmana en la Península Ibérica el panorama es desolador: descontando las obras de tipo general, que suelen tocar el tema muy de soslayo o recurriendo a generalidades, sólo ha merecido la atención de los investigadores la cuestión de la organización del ejército, pero no considerada en sí misma, sino como reflejo de la estructuración del conjunto de la sociedad andalusí o como factor de influencia en el devenir político del estado omeya. De este modo, el interés se ha focalizado en los dos extremos del período: el siglo VIII, con la conquista y el posterior asentamiento de los integrantes del ejército conquistador y de las tropas llegadas en sucesivas oleadas³, y los últimos años del califato, en cuya caída tuvieron indudablemente cierta influencia las reformas militares que llevaron a Córdoba a numerosos mercenarios bereberes⁴. Entre esos dos momentos, casi nada: algunas descripciones de batallas

¹ FLORI, J., *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Barcelona, 2001, pp. 167-175.

² GARCÍA FITZ, F., *Relaciones políticas y guerra. La experiencia castellano-leonesa frente al Islam. Siglos XI-XIII*, Sevilla, 2002 e *IDEM, Castilla y León frente al Islam: estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*, Sevilla, 1998.

³ Desde perspectivas muy distintas, VALLVÉ, J., "España en el siglo VIII: ejército y sociedad", *Al-Andalus*, XLIII, 1978, pp. 51-112 y MANZANO, E., "El asentamiento y la organización de los *ḡund-s* sirios en el al-Andalus", *Al-Qanṭara*, XIV, 1993, pp. 327-360.

⁴ Una visión estrictamente militar de las campañas de al-Manṣūr en CASTELLANOS, J., *Geoestrategia en la España musulmana: las campañas militares de Almanzor*, Madrid, 2003. Amplia bibliografía sobre la cuestión en SENAC, P., "Al-Mansūr et la reconquête", *Guerre, pouvoirs et idéologies dans l'Espagne chrétienne aux alentours de l'an mil*, Turnhout, 2005, pp. 37-50.

campales entre cristianos y musulmanes, unas ajustadas a los hechos descritos por las crónicas⁵, otras en las que la fecunda imaginación del autor le permite referir al detalle los pasos seguidos por los ejércitos o precisar con exactitud la localización del combate, supliendo con voluntad y desparpajo el laconismo de las fuentes. Es cierto que las crónicas árabes no se extienden en el relato de las acciones bélicas todo lo que desearíamos —en todo caso, mucho más que las latinas y romances de esa misma época—, que las alusiones a la guerra y los guerreros en otras fuentes documentales son escasas, que la arqueología tampoco proporciona mucha información al respecto, pero la verdad es que se puede y se debe profundizar en la cuestión mucho más de lo que se ha hecho hasta ahora. El otro gran estado europeo de la época, el Imperio Carolingio, presenta limitaciones y carencias semejantes y, sin embargo, los estudiosos se han esforzado en superarlas con resultados que, aunque obviamente menos brillantes que los conseguidos para la Baja Edad Media, la época de esplendor de la caballería, no son en modo alguno despreciables⁶.

Ni que decir tiene que las breves páginas que siguen no pretenden ser la solución a la falta de estudios sobre la guerra en al-Andalus durante el período omeya. De hecho nos vamos a centrar únicamente en un aspecto, el del trato dado al combatiente enemigo capturado en combate, y para ilustrarlo no recurriremos a un análisis extensivo, reuniendo todas las noticias que a ese respecto contienen las crónicas, sino que presentaremos en detalle el relato de una serie de acontecimientos que se desarrollaron en el occidente andalusí del siglo IX. En ellos intervienen dos antagonistas que desempeñan sucesivamente los papeles de captor y capturado: el senescal Hāšim b. 'Abd al-'Azīz, mano derecha del emir Muḥammad, y el rebelde 'Abd al-Raḥmān b. Marwān al-Ŷilliqī, el más destacado miembro de una familia muladí que tuvo una importante participación en la vida política de Mérida durante el siglo IX. Antes de entrar a analizar el comportamiento que ambos tuvieron con el enemigo apresado, no estará de más que dediquemos nuestra atención, si quiera sea brevemente, a los rasgos biográficos de estos dos personajes. Ambos

⁵ CHALMETA, P., "Simancas-Alhandega", *Hispania*, XXXVI, 1976, pp. 359-444; CAÑADA, A., *La Campaña musulmana de Pamplona, año 924*, Pamplona, 1976.

⁶ REUTER, T., "La guerra carolingia y ottoniana", M. Keen (ed.), *Historia de la guerra en la Edad Media*, Madrid, 2005, pp. 29-56.

cuentan con estudios monográficos a ellos consagrados, estudios que, sin embargo, han perdido gran parte de su vigencia por la aparición de nuevos testimonios cronísticos, en especial los dos fragmentos del tomo II del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān, que han ampliado en mucho nuestros conocimientos sobre sus vidas y hazañas⁷.

1. Hāšim b. ‘Abd al-‘Azīz, un Almanzor frustrado

Esta comparación entre Hāšim b. ‘Abd al-‘Azīz y su ilustre homólogo Muḥammad b. Abī ‘Āmir al-Manšūr fue sugerida ya por Maribel Fierro en su clarificadora reseña al libro de M. Ación *Entre el feudalismo y el Islam*⁸; con las muchas y serias salvedades necesarias, lo cierto es que la actuación de Hāšim durante el reinado del emir Muḥammad parece un ensayo fallido de creación de la figura del gobernante ajeno a la familia omeya que ejerce todo el poder político. Desconocemos si la personalidad y la capacidad de Hāšim eran parangonables o no a las de Ibn Abī ‘Āmir, pero es indudable que las circunstancias no eran las mismas en la Córdoba de finales del siglo IX que las que se dieron algo más de cien años después. La corte –el entorno del soberano–, el ejército, la sociedad en general no favorecían en la época de Muḥammad la aparición de la figura del *ḥāyib* omnipotente que suplanta al emir en sus funciones. Además, ni Muḥammad ni su sucesor, al-Mundir, eran tan dóciles y manipulables como el débil –física y moralmente– Hišām II. Por último, frente al

⁷ CODERA, F., *Los Benimeruán en Mérida y Badajoz*, Zaragoza, 1904 y ABUIN, M. A., “Hāšim Ibn ‘Abd al-‘Azīz”, *Cuadernos de Historia de España*, XVI, 1951, pp. 110-129. Los dos textos del *Muqtabis* son los editados por M. ‘A. Makkī en Riyad, 2003 (IBN ḤAYYĀN, *Muqtabis II/1*, ed. M. ‘A. Makkī, *Al-Sifir al-tānī min Kitāb al-Muqtabas*, Riyad, 1424/2003: final del reinado de al-Ḥakam I y comienzo del de ‘Abd al-Raḥmān II) y en Beirut, 1973 (IBN ḤAYYĀN, *Muqtabis II/2*, ed. M. ‘A. Makkī, *Al-Muqtabas min anḇā’ ahl al-Andalus*, Beirut, 1393/1973: final del reinado de ‘Abd al-Raḥmān II y comienzo del de Muḥammad). Del primero de ellos hay ed. facs. J. Vallvé, Madrid, 1999; trad. CORRIENTE, F. y MAKKĪ, M. ‘A., *Crónica de los emires Alḥakam I y ‘Abdarraḥmān II entre los años 796 y 847 [Almuqtabis II-1]*, Zaragoza, 2001.

⁸ FIERRO, M., “Cuatro preguntas en torno a Ibn Ḥafṣūn”, *Al-Qanṭara*, XVI, 1995, pp. 221-258. El paralelismo entre los dos senescales lo establece en la nota 47; en las páginas 231-234 y 246 pueden hallarse importantes detalles de la carrera de Hāšim.

prestigio militar de Ibn Abī 'Āmir, Hāšim se hallaba estigmatizado por su vergonzosa y económicamente ruinosa derrota ante al-Īillīqī⁹. La muerte de su valedor, Muḥammad, y el ascenso al trono de al-Mundir, viejo enemigo suyo, precipitó su caída y posterior ajusticiamiento, poniendo abrupto final a una brillante carrera política.

2. 'Abd al-Raḥmān al-Īillīqī, el rebelde añorante

Lo desconocemos casi todo sobre los orígenes de este personaje, a pesar de que su familia jugó un papel importante en la historia de Mérida y su sucesora, Badajoz. De origen muladí, su apelativo al-Īillīqī hace pensar que la familia provenía de los territorios cristianos del norte (Īillīqiya era, para los autores árabes, el reino asturleonés), lo que significaría que se trataba de inmigrados sin arraigo antiguo en la zona que luego acabarían dominando. Pero esta interpretación dista mucho de ser segura y el apodo al-Īillīqī podía haberle sido aplicado a alguno de sus antepasados por una característica física, una peculiar forma de hablar, una conducta llamativa, etc. En cualquier caso, este grupo familiar no había sido, hasta la aparición de nuestro personaje, el dominante en la región de Mérida, pues, si bien su padre tuvo un papel importante durante el reinado de 'Abd al-Raḥmān II, primero como cabecilla de la rebelión, luego defendiendo a los omeyas –murió combatiendo por ellos–, en los agitados años del siglo IX fueron varios los personajes locales que se embarcaron en ese recurrente juego de sublevarse cuando podían, someterse cuando no tenían más remedio, refugiarse entre los cristianos cuando venían mal dadas, regresar a la primera oportunidad. Nombres como Aşbag b. Wansūs (de quien se nos informa explícitamente que tenía ricas posesiones en Mérida), Naşr b. Masrūr, Maḥmūd b. 'Abd al-Īabbār o Sulaymān b. Martín¹⁰ dominaron en algún momento Mérida y se enfrentaron con mayor o menor vigor con

⁹ Fierro pone en relación las fuertes subidas de impuestos que contribuirían al estallido de la *fitna* con la necesidad de pagar a Alfonso III el rescate de Hāšim: FIERRO, M., “Cuatro preguntas en torno a Ibn Ḥafşūn”, p. 233.

¹⁰ PICARD, Ch., *Le Portugal musulman (VIII^e – XIII^e siècle). L'Occident d'al-Andalus sous domination islamique*, París, 2000; PÉREZ ÁLVAREZ, M. A., *Fuentes árabes de Extremadura*, Cáceres, 1992.

las tropas cordobesas que los visitaban asiduamente. Hasta tal punto fue pertinaz la sedición de la antigua urbe romana que el cronista Ibn Mufarriḡ al-Qubbaṣī, al ponderar la paz que reinó en la época de ‘Abd al-Raḡmān II, no puede dejar de señalar las dos únicas excepciones en ese panorama idílico: las rebeliones de los Banū Qaṣī de la Marca Superior y las de la gente de Mérida, del *Ŷawf*, nombre que en ocasiones se daba a esa Marca Inferior.¹¹

La ajetreada y belicosa vida de al-Ŷilliḡī lo llevó a Córdoba, cuando se convirtió en invitado forzoso del emir, a vagar por diversas regiones del occidente peninsular y a ponerse al servicio de Alfonso III, asentándose en Pedra da Lousa, en el margen meridional del río Duero. Pero en todo momento, cuando disfrutaba en la capital omeya de una situación cómoda o cuando, estando en la tierra por cuya *nisba* era conocido, el rey cristiano lo colmaba de favores, su deseo era regresar a su lugar de origen. Es de destacar, sin embargo, que esa añoranza de al-Ŷilliḡī por su tierra no se corresponde con un arraigo estrictamente local, sino más bien “regional”: arruinada Mérida pronto, al-Ŷilliḡī en ningún momento intenta regresar a ella y revitalizarla, sino que acepta repoblar Badajoz, ciudad en la que él y sus descendientes hallaron una relativa estabilidad, a pesar de que sus condiciones de defensa no eran sensiblemente mejores que las de Mérida¹².

3. Hāṣim b. ‘Abd Al-‘Azīz frente a Ibn Marwān al-Ŷilliḡī

Los acontecimientos que vamos a relatar aquí se desarrollaron en los años centrales del reinado del emir Muḡammad (gobernó desde el 238/852 hasta el 273/886), entre el 254/868, fecha en la que al-Ŷilliḡī entrega Mérida a las tropas del emir y se instala en Córdoba, y el 264/877-78, cuando Hāṣim regresa a la capital omeya tras haber permanecido cautivo en poder del asturiano Alfonso III¹³. En esa

¹¹ MANZANO, E., *La frontera de al-Andalus en época de los Omeyas*, Madrid, 1991, pp. 56-57.

¹² PICARD, Ch., “La fondation de Badajoz par Abd al-Rahman ibn Yunus al-Jilliki (fin IX^e siècle)”, *Revue des Études Islamiques*, XLIX, 1981, pp. 215-229.

¹³ MANZANO, E., *La frontera de al-Andalus en época de los Omeyas*, pp. 184-204; PICARD, Ch., *Le Portugal musulman*, pp. 37-51.

decena de años, como veremos a continuación, nuestros protagonistas conocieron las dos caras de la guerra: la victoria y la derrota, el tener en sus manos la vida de los rivales vencidos y el encontrarse sometido a la voluntad del vencedor. En cada una de las ocasiones el resultado fue distinto, pero no por la diferente personalidad de quien había conseguido la victoria, sino por las circunstancias de la situación y, sobre todo, por la “calidad social” del cautivo.

La ciudad de Mérida –en general, todo el occidente andalusí– mantuvo durante todo el período omeya una actitud de insumisión continuada al poder de Córdoba, insumisión que desaparecía cuando los ejércitos cordobeses lograban imponer su poderío, para reaparecer incólume en cuanto las tropas regresaban a la capital. En repetidas ocasiones los habitantes de Mérida –más tarde, los de Badajoz, que ocupó su lugar como capital de la región–, cuando veían que la expedición enviada contra ellos era lo bastante poderosa como para causarles graves perjuicios, no dudaban en rendirse a los atacantes y proclamar su obediencia al emir. Concedido el amán e instalado en la alcazaba el gobernador omeya, la retirada del ejército era la señal para que, inmediatamente o en un plazo de algunos meses, el representante del emir fuera expulsado y las aguas volvieran a su cauce: el de la sedición. Es evidente que los gobernantes omeyas no se hacían ilusiones acerca de la lealtad de la gente de Mérida y eran conscientes de lo efímero de su sometimiento, pero tal vez el esfuerzo militar y económico necesario para mantener el dominio efectivo y permanente sobre esa zona no estaba acorde con los posibles ingresos fiscales que se obtendrían. Las dificultades que tuvo siempre Córdoba, hasta la llegada de ‘Abd al-Rahmān III, para ejercer su autoridad fueron semejantes en las tres Marcas; sin embargo, las semejanzas entre las tres regiones fronterizas acaban ahí, puesto que ni la composición social de sus habitantes, ni la actitud del poder omeya hacia ellas tuvieron mucho en común. La Marca Inferior, la zona occidental de al-Andalus entre el Tajo y el Guadiana, era una región muy extensa, posiblemente poco poblada, en la que el desarrollo urbano no había alcanzado niveles comparables a los de otras zonas, pues ni tenía una densa red de ciudades de mediana entidad, como la que existía en el valle del Ebro, ni contaba con una gran ciudad como lo era Toledo en la Marca Media. Por otra parte, la población estaba compuesta por una mezcla de elementos indígenas, islamizados o no, y de grupos

bereberes, que, al menos en la época que nos ocupa, no parecen mezclarse entre sí, lo cual no les impide unirse en ocasiones para enfrentarse a Córdoba, aunque lo habitual, según dejan vislumbrar los relatos de las crónicas, es que cada grupo, incluso cada facción dentro de cada grupo, haga la guerra –o la paz– por su cuenta sin demostrar un sentimiento de solidaridad étnica. Cada familia, cada clan, cada comunidad de la Marca Inferior busca en primer lugar el mal menor en todo momento e intenta evitar las depredaciones, tanto de los gobernadores omeyas como del rebelde de turno, aunque muchas veces podían darse por satisfechos con no ser víctimas de los dos bandos. Un pasaje del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān, tomado de la crónica de ‘Īsā al-Rāzī, refleja concisa y perfectamente este estado de cosas:

Dice ‘Īsā b. Aḥmad:

Maḥmūd b. ‘Abd al-Ŷabbār b. Zāqila, bereber, campeón rebelde de la ciudad de Mérida, [se lanzó] al extravío cuando proclamó su rebeldía al sultán y expulsó a su gobernador, convirtiéndose en la criatura que más asechanzas le tendía y más empeñado estaba en combatirle. Cuando lo atacaba el sultán y quienes le apoyaban en su ciudad, se protegía dentro de ésta y no salía a combatir a sus hombres, sino desde su puerta junto con sus compañeros sediciosos, dejándoles depredar la campiña, mas, cuando se retiraban, volvían a expandirse por los distritos de Mérida con los ganados que apacentaban en ellos, cultivando sus fincas la mayor parte del año hasta que, cuando advertían que la aceifa estaba en camino, se recogían entonces en su fortaleza. Pero sus vecinos bereberes que no habían entrado en ese juego y manifestaban su firme sumisión, comenzaron a atacar entretanto a estos rebeldes y causarles perjuicios, sin darles reposo la mayor parte del tiempo: a causa de esto, su jefe Maḥmūd saldría con sus compañeros de la estrechez de Mérida y se establecería en la fortaleza de Badajoz, para eludir a estos enemigos suyos que le atacaban, pues con el cuidado de tener que defenderse de ellos, además de los ejércitos del sultán que le buscaban, no

podía siquiera descabalgár, ni tener tranquilidad.¹⁴

Este Maḥmūd b. ‘Abd al-Ŷabbār, precursor de las andanzas de al-Ŷilliqī, acabaría sus días (225/840) en tierras del rey Alfonso II, donde había sido acogido tras su huida del territorio musulmán. Tanto él como al-Ŷilliqī, y algún otro como Sa’dūn al-Surunbaqī, reflejan una característica que distingue con nitidez a los “rebeldes” de la Marca Inferior de sus semejantes de otras regiones: su disposición, por no decir su inclinación, a trasladarse con su gente (¿tribu, clan, mesnada, partida?) de lugar en lugar, hasta llegar, si es necesario, a traspasar los muy permeables límites entre las regiones nominalmente musulmanas y las que se hallaban en proceso de incorporación al reino asturiano o asturleonés¹⁵.

En el año 254/868 el emir Muḥammad decide actuar con más determinación de lo habitual contra los rebeldes de Mérida¹⁶. En un intento por cogerlos desprevenidos simula dirigirse contra Toledo¹⁷ y, a mitad de camino, se desvía hacia la capital de la Marca Inferior. La estratagema parece surtir efecto, pues los sediciosos no tienen tiempo más que para refugiarse tras los muros de Mérida con todos sus cabecillas, sin que éstos puedan, como es su costumbre, dispersarse por distintos castillos de la región. A nuestro ‘Abd al-Raḥmān b. Marwān al-Ŷilliqī le acompañaban otros dos caudillos, Ibn Šakir y Maḥḥūl, que no se nos presentan como sometidos a la autoridad de al-Ŷilliqī, sino como compañeros de correrías. Establecido el cerco, los ataques se concentran en el puente, que es defendido con fiereza, pero la infantería emiral consigue adueñarse de él y el emir ordena que uno

¹⁴ CORRIENTE, F. y MAKKĪ, M. ‘A., *Crónica de los emires Alḥakam I y ‘Abdarrāḥmān II*, p. 299. Hemos adaptado la transcripción a la seguida en esta obra.

¹⁵ MANZANO, E., *Conquistadores, emires y califas: los Omeyas y la formación de al-Andalus*, Barcelona, 2006, pp. 438-439

¹⁶ Seguimos en el relato de estos acontecimientos el detalladísimo texto de IBN ḤAYYĀN, *Muqtabis II/2*, pp. 254-392. El manuscrito *unicum* que contiene la obra se halla muy deteriorado en su parte inferior, lo que provoca que las líneas finales de todas las páginas sean ilegibles, por lo que las lagunas en la narración son recurrentes.

¹⁷ Años más tarde, cuando al-Ŷilliqī huye de Córdoba y se rebela de nuevo, las crónicas nos informan de que deja en la capital espías que le informaban de los movimientos de tropas, de modo que podía disponer con tiempo su defensa. La actitud en esta ocasión del emir parece indicar que sospechaba que esos informadores existían ya entonces.

de sus pilares sea destruido, maniobra que precipita la rendición de la plaza. El cronista que sirve de fuente a Ibn Ḥayyān no da los pormenores del pacto, pero no parece que se castigara con dureza a la ciudad ni a sus habitantes: únicamente se les exigió la entrega de los tres “jinetes”, quienes, con todas sus familias y en compañía de otros sediciosos, emprendieron el camino hacia Córdoba con el ejército. De este modo la ciudad quedó, como dice el cronista, “sin hombres valerosos” y, lo que tendría a la larga más repercusión, sin sus murallas, que fueron inutilizadas¹⁸. Un gobernador omeya, Sa‘īd b. ‘Abbās al-Quraṣī, se instaló en la poderosa alcazaba, construida por ‘Abd al-Raḥmān II, con un contingente militar. Aunque parece que al año siguiente el emir Muḥammad tuvo que volver a Mérida para sofocar otra sublevación encabezada por alguno de los que el año anterior habían sido llevados a Córdoba, que habían escapado y regresado a su ciudad, lo cierto es que Mérida entró en decadencia a partir de la pérdida de sus murallas. Cuando, en época del califa ‘Abd al-Raḥmān III (año 303/915), el rey Ordoño II efectúe una cabalgada por tierras de Mérida y, tras arrasar algunos castillos como el de Alange, se presente ante la ciudad, entonces en manos de un beréber llamado Ibn Tāyīt, no la someterá a rapiña: se conformará con recibir un caballo ricamente enjaezado. Pobre rescate por una ciudad antaño próspera¹⁹.

Tenemos, por tanto, a un grupo de rebeldes māridíes en poder del emir omeya. Posiblemente en virtud del pacto de rendición de la ciudad, sus vidas son respetadas y se trasladan con sus familias a Córdoba. La condición de estos sediciosos desalojados de sus solares no era en modo alguno penosa; algunos de ellos pasaban a formar parte del ejército emiral y la única restricción que pesaba sobre ellos era la prohibición de regresar a sus lugares de origen sin permiso²⁰.

¹⁸ VALDÉS, F., “El urbanismo islámico de la Extremadura leonesa: cuatro pautas de desarrollo”, P. Cressier y M. García-Arenal (eds.), *Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental*, Madrid, 1998, pp. 159-183, señala que las excavaciones arqueológicas indican que la muralla no fue destruida en su totalidad, sino cortada a trechos (p. 164, nota 17).

¹⁹ IBN ḤAYYĀN, *Muqtabis V*, ed. P. Chalmeta, F. Corriente y M. Sobh, *Al-Muqtabas V*, Madrid, 1979, p. 123; trad. VIGUERA, M^a J. y CORRIENTE, F., preliminar por LACARRA, J. M^a, *Crónica del califa ‘Abd al-Raḥmān III an-Nāṣir entre los años 912 y 942*, Zaragoza, 1981, p. 102.

²⁰ A uno de los rebeldes que precedieron a al-Ŷillīqī en su exilio cordobés,

Una anécdota recogida por Ibn Hārīt al-Jušanī demuestra que gozaban casi de un *status* especial, que supuestamente los colocaba al margen de la ley común: uno de los rebeldes muladíes que había sido desalojado de su castillo e instalado en Córdoba tenía como sierva una mujer musulmana libre, seguramente reducida a la esclavitud en la época en la que el individuo en cuestión se hallaba en rebeldía. La mujer –se supone que al establecerse en Córdoba– elevó al cadí Aslam b. ‘Abd al-‘Azīz, casualmente hermano del ya por entonces fallecido senescal Hāšim, una solicitud de amparo para recuperar su libertad, petición que fue tomada en consideración por el cadí. Se presentó entonces ante el magistrado un enviado del senescal Badr, la máxima autoridad de palacio después del emir²¹, para recordarle el pacto que se estableció con el rebelde para conseguir su renuncia a la sedición, pacto que obliga a todos y que no se podía violar, e instarlo a que cerrara el proceso iniciado contra él por su esclava. Aslam replicó que no habría de juzgar ninguna otra causa hasta que no hubiera podido hacer que la justicia prevaleciera en el pleito entre el muladí y la musulmana libre. El enviado llevó esas palabras a Badr y, al poco tiempo, regresó con la respuesta del senescal, plena de ambigüedad y de sobreentendidos:

Ni quiero obstaculizar tu labor al impartir justicia ni osaría hacerte la menor demanda al respecto. Lo único que te pido es que actúes reflexivamente en lo que exige el derecho de estos con los que se han fijado acuerdos. Conoces bien con qué consideración hay que tratarlos y eres plenamente consciente de lo que se debe hacer²².

Así concluye el relato, sin que seamos informados de qué actitud tomó finalmente el cadí Aslam. Los detalles del caso son

el beréber Aşbag b. Wansūs, se le permitía visitar sus posesiones en Mérida sin restricciones: IBN ḤAYYĀN, *Muqtabis II/1*, p. 129/trad, p. 46.

²¹ A la muerte de Badr (año 309/921): IBN ḤAYYĀN, *Muqtabis V*, p. 173; trad., p. 136, ‘Abd al-Rahmān III todavía no había tomado el título califal, cosa que hizo siete años más tarde.

²² RIBERA, J., *Historia de los jueces de Córdoba por Aljoxanī*, Madrid, 1914, pp. 184/227, reproducido por ‘IYĀD, *Tarīb al-madārik*, 8 vols., Rabat, s.f, V, p. 198.

irrelevantes, e incluso es muy posible que su veracidad histórica sea nula (no se da ni el nombre del rebelde, ni fechas, ni precisión alguna), pero conviene retener el núcleo del relato: el poder político, representado por el senescal Badr, intenta influir en el juez supremo para que no aplique al infractor la ley, en virtud de una especie de inviolabilidad emanada del pacto por el que el rebelde se somete al poder emiral y acepta instalarse en Córdoba.

A pesar de que su vida en la capital no debía de ser dura de llevar, de acuerdo con lo que acabamos de ver, al-Ŷilliqī anhela regresar a su tierra y decide huir con todos sus compañeros. Esta circunstancia, la fuga colectiva, es lo que realmente les plantea problemas, pues no parece que su salida personal fuera dificultosa; en efecto, uno a uno o en pequeños grupos al-Ŷilliqī y los suyos van abandonando sin oposición la ciudad por distintos caminos en dirección al castillo de *al-Talý* ('el hielo'), donde habían fijado el punto de reunión. Corría el año 261/874-75. En cuanto estuvieron todos en el lugar convenido alzaron bandera de rebelión y comenzaron a rapiñar la comarca, hasta llegar, tres días después, al inexpugnable castillo de Alange²³. Allí la partida se disuelve; al-Ŷilliqī, sus tres hijos y la gente de su distrito se quedan en la plaza, mientras que los otros cabecillas regresan a sus lugares con sus hombres. Las cosas han retornado a la situación en la que se encontraban antes de la rendición de al-Ŷilliqī. El primer episodio de esta historia concluye. En él el derrotado ha visto respetada la vida y su único castigo ha sido el alejamiento de su tierra, castigo al que le ha sido extremadamente sencillo poner fin cuando le ha apetecido.

La primera preocupación de al-Ŷilliqī es conseguir montura para todos sus hombres; se la proporcionan, involuntariamente, los representantes del poder omeya, que son atacados y despojados de sus animales —y de sus ropas y pertenencias—. También sufren su visita los

²³ Alange era ya desde la Edad de Bronce un lugar de paso clave para el cruce del Guadiana por dominar el camino del vado más importante en la zona de Mérida: PAVÓN, I., *El Cerro del Castillo de Alange (Badajoz). Intervenciones arqueológicas (1993)*, Mérida, 1998. En época romana adquirió cierto renombre por sus termas; tras la conquista cristiana en 1234 pasa a ser una de las encomiendas de la Orden de Santiago: LOZANO, M., "Estudio histórico-arqueológico del Castillo de Alange", *Actas III Congreso Internacional sobre fortificaciones. Paisaje y fortificación. Alcalá de Guadaíra (Sevilla) marzo de 2005*, Alcalá de Guadaíra, 2006, pp. 91-99.

árabes y bereberes de las cercanías, que ven cómo sus caballos acaban en manos de la partida de al-Ŷilliqī. En tres días de frenética actividad quinientos animales pasan a su poder y, por ende, otros tantos de sus seguidores reciben monturas. La cifra probablemente es algo exagerada, pero es indicativa de que las fuerzas de al-Ŷilliqī no eran ni una muchedumbre incontable ni una cuadrilla minúscula, sino más bien una partida relativamente numerosa, lo suficientemente grande para atreverse a resistir al ejército emiral y lo convenientemente reducida para tener movilidad y para poder resguardarse en el castillo de Alange, que no podía ser muy espacioso. La “gente de Mérida”, como se llama en las crónicas en alguna ocasión a estos grupos, prefiere no volver a su ciudad, difícil de defender sin sus murallas y en franca decadencia, y opta por encastillarse en esa abrupta peña, no muy alejada (apenas una veintena de kilómetros) de Mérida. La cosecha de ese año había sido abundante, por lo que pudieron aprovisionarse holgadamente para resistir un largo asedio.

Tras haber enviado por delante a Hāšim b. ‘Abd al-‘Azīz, el emir Muḥammad sale de Córdoba el sábado 5 de *ša'bān* (14 mayo 875) y se presenta ante Alange dos semanas más tarde (domingo 29 de mayo). Los rebeldes, mientras tanto, habían llamado en su ayuda a otro cabecilla rebelde que, como había hecho unos años antes Maḥmūd b. ‘Abd al-Ŷabbār y haría poco después el mismo al-Ŷilliqī, se había pasado al servicio del rey asturiano. Se trataba de Sa’dūn al-Surunbāqī, que se había instalado en Oporto con sus secuaces y desde allí dominaba la frontera entre musulmanes y cristianos. El rey Alfonso III, requerido para que le concediera permiso para unirse a los sublevados, no duda en dárselo, viendo en ello ocasión propicia para debilitar a sus enemigos omeyas. Sa’dūn se pone en camino y llega a Juromenha²⁴, donde junta sus fuerzas con las de Makḥūl, formando un contingente considerable. Hubiera sido deseo del emir Muḥammad lanzar su hueste contra los de Juromenha, pero sus consejeros le convencieron con prudentes argumentos —que una laguna en el manuscrito del *Muqtabis* nos impide conocer— de que debía comenzar por Alange. Desde luego no hubiera sido muy sensato avanzar contra Juromenha dejando a sus espaldas una fuerza enemiga tan peligrosa

²⁴ Fortaleza situada a ochenta kilómetros al poniente de Mérida, sobre el Guadiana.

como eran los hombres de al-ÿilliqī.

La proporción de fuerzas debía de ser muy favorable para el ejército omeya, pero, a pesar de que había sido pertrechado con todas las armas de asedio de que disponía, los elementos defensivos de los castillos seguían en ventaja frente a las máquinas y las estrategias de ataque²⁵. La forma más eficaz de apoderarse de una fortaleza era rendir a los defensores por hambre o sed y a ella recurrió el emir Muḥammad; como acabamos de señalar, los sitiados se habían aprovisionado bien de alimentos, por lo que el hambre no debía de ser la primera de sus preocupaciones; no ocurría lo mismo con el agua, cuya falta pronto comenzó a ponerlos en aprietos, bien porque la plaza careciera de aljibes, bien porque no fueran suficientes para la población en ella refugiada. Las tropas cordobesas habían envenenado el río Machel, que corría (en la actualidad está en parte convertido en un embalse) a los pies de la roca donde se alza el castillo, arrojando aguas arriba cuerpos de animales en descomposición. No contento con esto, el emir ordenó apostar arqueros en la otra orilla del río para impedir que los cercados pudieran abastecerse ni siquiera de esas aguas infectas. La medida se reveló eficaz, porque un numeroso grupo de hombres, mujeres y niños desesperados bajaron hasta los aguaderos de la orilla para intentar saciar su sed, pero se toparon con una incesante lluvia de flechas que les hizo cejar en su empeño.

Al borde de la extenuación, cuando ya pensaban en rendirse, un golpe de suerte les devolvió la esperanza y la determinación de resistir: de unos pozos que estaban excavando a los pies del castillo comenzó a brotar agua abundante y de buena calidad. Para poder acceder a ellos con seguridad levantaron unos muros protectores que cubrieron con tejadillos de gruesos maderos forrados de piel de vaca, probablemente mojada para hacer ineficaces las flechas incendiarias. Finalmente desde la parte más profunda de los pozos abrieron galerías por las que podían acarrear el agua a cubierto de los proyectiles de los

²⁵ GARCÍA FITZ, F., “Guerra y fortificaciones en contextos de fronteras. Algunos casos ibéricos de la Plena Edad Media”, *Mil anos de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500)*, Lisboa, 2002, pp. 519-532: “Las actuaciones practicadas por cualquier guarnición cercada contaban con una indudable ventaja frente a cualquier fuerza agresora que intentara sobrepasar las defensas” (p. 523).

almajaneques, que batían los pozos noche y día²⁶. Ante la desesperación del emir, los sitiados consiguieron resistir sin problemas, a pesar de algunas bajas causadas por las piedras que lanzaban las máquinas de asedio; más aún, por la noche su caballería salía de las murallas y se dedicaba a rapiñar los alrededores a su antojo, escabulléndose entre los cuatro destacamentos en los que el emir había dividido su hueste para cercarlos mejor.

Tras tres meses y diez días de asedio, ambas partes empiezan a considerar la posibilidad de lograr un acuerdo. Un enviado de al-Ŷilliqī se encuentra en el campamento emiral fijando las condiciones del pacto cuando un grupo de marineros²⁷, que se ha incorporado al

²⁶ El editor del texto señala en nota que estas construcciones para abastecerse de agua son semejantes a los sistemas de captación conocidos como *qanāt*, estudiados para el caso de Madrid por OLIVER ASIN, J., *Historia del nombre "Madrid"*, Madrid, 1959, interpretación en la que coinciden SAMSÓ, J., reseña a la obra de H. Goblot, *Les Qanats. Une technique d'acquisition de l'eau, al-Qanāra*, I, 1980, pp. 494-497 y PAVÓN, B., *Tratado de arquitectura hispanomusulmana, I. Agua: Aljibes, puentes, qanats, acueductos, jardines, desagües de ciudades y fortalezas, ruedas hidráulicas, baños, corachas*, Madrid, 1990, p. 188. Sin embargo, no es descartable que la obra descrita en este pasaje del *Muqtabis* sea más bien lo que se suele denominar coracha subterránea, mina o galería que llevaba desde el interior de una fortaleza hasta una fuente de agua (río, pozo, laguna); en al-Andalus se conocen varios ejemplos de estas corachas, como la Mina de Ronda, estudiada por TORRES BALBÁS, L., "La acrópolis musulmana de Ronda", *Al-Andalus*, IX, 1944, pp. 449-481, en especial, pp. 478-481 y descrita por GARRIDO, F., *La mina secreta del Palacio del Rey Moro de Ronda*, Madrid, 1991; véase, también, PAVÓN, B., *Tratado de arquitectura hispanomusulmana*, pp. 370-373; GOZALBES CRAVIOTO, C., "La coracha del castillo de Santopitar (Málaga)", *Sharq al-Andalus*, 6, 1989, pp. 161-171. En el castillo de Alange, todavía se aprecian restos de un aljibe fortificado en la ladera noreste, en los que LOZANO, M., "Estudio histórico-arqueológico del Castillo de Alange", p. 93, cree ver una coracha de protección del aljibe. En cualquier caso el sistema de captación de aguas y las galerías mencionadas debían de existir con anterioridad al asedio, pues en los tres meses que duró el cerco hubiera sido difícil llevar a cabo una obra de esa complejidad. Lo que sí es factible es que en ese momento se realizara algún trabajo de fortificación de los puntos de agua o de los accesos a ellos.

²⁷ Esta mención a los marineros que participaron en el asedio es curiosa y plantea diversas preguntas: ¿qué hacían allí, a doscientos kilómetros de la costa más cercana, un grupo de marineros? ¿cómo y por qué se unen al ejército emiral? ¿qué habilidades o conocimientos específicos poseían para que el emir confíe en ellos hasta el punto de romper las negociaciones con los sitiados? Podría suponerse que se trata de pescadores o transportistas de río, pero parece poco probable. Sobre la navegación en la zona occidental de al-Andalus, véase PICARD, Ch., *L'Océan Atlantique*

ejército poco antes, convence a Muḥammad de que rompa las negociaciones y deje en sus manos el asalto: ellos se comprometen a tomar la fortaleza antes de la oración del mediodía. Imaginaban entonces que los del castillo debían hallarse en precaria situación y que por eso habían entablado negociaciones, pero se toparon con una resistencia tan encarnizada que la esperada toma inmediata de la fortaleza se acabó convirtiendo en el combate más feroz desde que se había iniciado el asedio. A pesar de ello, el asalto empezaba a tener éxito y los sitiados se habían refugiado ya en la parte más alta del castillo, pero una terrible tormenta estalló de repente, las tinieblas lo cubrieron todo y el ataque definitivo tuvo que ser aplazado. Al día siguiente, al-Ŷilliqī vuelve a pedir el amán a través del infante ‘Abd Allāh, con el que mantenía buenas relaciones; éste logra convencer a su padre y se acuerda que al-Ŷilliqī y los suyos salgan del castillo para instalarse en Badajoz, por entonces abandonada. Como garantía del pacto, al-Ŷilliqī dejaba en manos del emir a su hijo Muḥammad, a su nieto y a treinta rehenes más, todos los cuales fueron llevados a Córdoba.

A pesar de su pertinacia en la rebelión, el trato que recibe al-Ŷilliqī por parte del emir es, si cabe, más benévolo que en la anterior ocasión. Ahora ni siquiera tiene que abandonar su tierra para convertirse en huésped agasajado, pero forzoso, del emir, sino que se le da –ignoramos en qué condiciones– una ciudad que sus sucesores conservarán por muchos años, durante los cuales su fidelidad a los omeyas seguirá siendo livianísima.

Tan liviana que al año siguiente a su desalojo de Alange, en el 262/876, al-Ŷilliqī vuelve a declararse en rebeldía. Y como si el tiempo no hubiera pasado, el emir cordobés repite el proceso de reclutamiento del ejército –esta vez se prepara una fuerza muy importante y se llama también a las gentes de las provincias–, anuncio público de que el objetivo es el enemigo cristiano, salida en dirección norte y desvío inmediato hacia el occidente. La única diferencia es que esta aceifa no la guía él en persona, sino que delega en su hijo al-Mundir, asistido por el visir Hāšim b. ‘Abd al-‘Aziz, viejo conocido de al-Ŷilliqī y culpable, según un relato con muchos visos de leyenda, de haberlo ofendido groseramente durante su estancia en Córdoba,

provocando su huida hacia el castillo de Alange. En mayo de ese año la expedición se ponía en marcha, con al-Ŷilliqī puntualmente informado de todos sus movimientos gracias a los espías que tenía en la ciudad, tal vez alguno de los rehenes que había entregado el año anterior, rehenes de los que, por cierto, nada sabemos y que en teoría deberían haber sufrido en sus carnes el castigo por la sublevación de al-Ŷilliqī.

No vamos a entrar aquí en los pormenores de esta aceifa, cuyas circunstancias geográficas ya han sido estudiadas adecuadamente²⁸. Nos interesa ahora detenernos únicamente en el tema que nos ocupa, por lo que nos fijaremos en dos momentos concretos y en la actitud que en ellos tuvieron los vencedores con respecto a los vencidos. Ambos episodios tienen como protagonista al todopoderoso visir Hāšim, si bien su papel experimenta un cambio total de uno a otro.

El primero de ellos transcurre en el castillo de *M. qāl.š*, en el distrito de *Amsīn*, topónimos ambos no identificados, donde se habían reunido muchos muladíes y cristianos. Una laguna en el manuscrito del *Muqtabis* nos priva de conocer los detalles de los acontecimientos previos; cuando la narración se reanuda hallamos a los refugiados en la fortaleza entregándose a Hāšim, confiados en las garantías que, según se desprende de algunas frases incompletas que pueden leerse al final de la laguna textual, les habían sido dadas previamente. Hāšim, sin embargo, reúne a los varones que se han entregado y comienza a preguntarles uno a uno si son musulmanes o no; a los que responden que no, ordena decapitarlos inmediatamente y tomar por esclavos a sus mujeres e hijos, a los que dicen ser musulmanes les obliga a recitar pasajes del Corán hasta que cometen un fallo o vacilan en la pronunciación, entonces proclama a voz en grito que son cristianos que se han aprendido la noche antes algunas páginas del Corán para intentar engañarlo y, a continuación, les hace sufrir la misma suerte que a los otros. Algo así como la versión musulmana de lo ocurrido en la Cruzada Albigense contra los cátaros, cuando, preguntado por sus hombres cómo distinguir a los herejes de los que no lo eran tras la conquista de Béziers en 1209, Arnaldo Amalric ordenó: “*Cædite eos*.

²⁸ VELHO, M., “Ibn Marwān (Ibn al-Djilliki) e Sa’dūn Surunbāqui: a localização de Monsalude”, *Proceedings of the Ninth Congress of the Union Européenne des Arabisants et Islamisants*, Leiden, 1981, pp. 270-287.

Novit enim Dominus qui sunt eius” (“Matadlos a todos, que ya Dios sabrá distinguir a los suyos”). Espantados de la iniquidad de Hāšim al someter a esclavitud a musulmanes, algunos hombres piadosos del ejército los compraron en la subasta que allí mismo se hizo y les devolvieron la libertad.

Llama poderosamente la atención el distinto trato que el estado omeya da a los cautivos en los casos que hemos visto hasta ahora: respeto exquisito a lo pactado cuando al-Ŷillīqī y sus seguidores son desalojados de Mérida y de Alange, muerte y esclavitud para los que se rindieron en *M.qāl.š.* Es cierto que hay muchas circunstancias que separan con nitidez aquellos sucesos de este último: en Mérida y Alange el mando estaba en manos del emir Muḥammad, mientras que aquí el comandante es Hāšim (aunque no debemos olvidar que el infante al-Mundīr, futuro emir, se halla presente y es la más alta autoridad de la aceifa); allí el cautivo era un personaje de relieve como al-Ŷillīqī y aquí son unos anónimos muladíes y cristianos (aunque no menos muladí era al-Ŷillīqī); allí el poder intentaba asimilar a un jefe rebelde, aquí tal vez se ha optado ya por una política más inflexible y, de haber sido el mismo al-Ŷillīqī el cautivo, se le habría dado muerte, como permiten suponer algunos acontecimientos posteriores²⁹.

Pero Hāšim, el gobernante duro e implacable, va a conocer enseguida los sinsabores de la derrota. Al-Ŷillīqī se hallaba refugiado en Cárquere³⁰ cuando en *ramadān* del 262 (junio 876) se presentan ante su campamento al-Mundīr y Hāšim y comienzan un asedio feroz, atacando con los almajaneques día y noche, hasta el punto de que al-Ŷillīqī se ve forzado por las noches a refugiarse entre los huecos de las raíces de una centenaria encina para poder descansar mientras los proyectiles caían a derecha e izquierda. De esa encina no quedó al final del asedio más que el tronco despojado de todas sus ramas, arrancadas por las piedras que llovía el cielo. Las condiciones de los asediados empeoraron hasta el punto de que tuvieron que comerse sus

²⁹ Un escuadrón omeya se enfrenta con el rebelde Makḥūl pensando que se trata de al-Ŷillīqī, con quien guardaba un gran parecido. Makḥūl cae muerto y su cabeza es llevada al campamento: IBN ḤAYYĀN, *Muqtabis II/2*, p. 365.

³⁰ “Lugar situado entre as duas cidades de Porto e Lamego, a poucos quilómetros a ocidente desta última”: VELHO, M., “Ibn Marwān (Ibn al-Djilliki) e Sa’dūn Surunbāqui”, p. 273.

caballerías, más tarde, perros y alimañas y, finalmente, a sus propios muertos. En una de las salidas que los hombres de al-Ŷilliqī hacían consiguieron dar muerte a algunos sitiadores, entre ellos a uno de los diez capitanes (*'arīf*, pl. *'urafā'*) de la guardia emiral, llamado Farŷūn, cuya carne sirvió de alimento a los hambrientos defensores del castillo.

Hāšim se había preocupado con anterioridad de enviar un escuadrón de caballería al castillo de Monsalud³¹, pues temía que al-Ŷilliqī consiguiera burlar el cerco en Cárquere y encastillarse en él. Habiendo tenido conocimiento de ello, al-Ŷilliqī desistió de ese propósito y envió una desesperada petición de ayuda a Sa'dūn al-Surunbaqī, que debía de hallarse en Oporto y que emprende sin tardanza la marcha al mando de un nutrido grupo en el que había caballeros, infantes y arqueros. Al pasar por Coimbra salieron a su encuentro sus habitantes, que eran unos bereberes mašmūda de los Banū Adānis³², en ese momento leales al emir, y entablaron combate, en cuyo transcurso perdieron a alguno de sus hombres y vieron cómo parte de sus monturas eran desjarretadas, siendo finalmente puestos en fuga. Rápidamente enviaron aviso a Hāšim de que Sa'dūn marchaba en ayuda de al-Ŷilliqī, al tiempo que le rogaban que los socorriese, cosa que el visir se apresuró a realizar poniéndose él mismo al frente de un selecto contingente de jinetes, mientras al-Mundir quedaba en Cárquere manteniendo el cerco. Una nueva laguna en el manuscrito del *Muqtabis* causa que el relato se interrumpa momentáneamente, para encontrarnos en su reinicio con Hāšim y Sa'dūn frente a frente, con el río *Aḥšad*³³ entre ellos. Sa'dūn intentaba poner tierra por medio y regresar a su refugio, pero Hāšim está decidido a acabar con él y ordena a sus jinetes e infantes que salgan en su persecución con presteza. A la vista de que la huida es imposible, el muladí detiene la marcha y, tras arengar a sus hombres haciéndoles notar que están demasiado lejos de sus casas como para pensar en escapar y que no

³¹ “Monsalude ficava no actual concelho de Ferreira do Zêzere, este situado a uns quinze quilómetros a nordeste do convento jurídico romano de Tomar”: VELHO, M., “Ibn Marwān (Ibn al-Djilliki) e Sa'dūn Surunbāqui”, p. 273.

³² FELIPE, H. de, *Identidad y onomástica de los beréberes de al-Andalus*, Madrid, 1997, pp. 89-91.

³³ VELHO, M., “Ibn Marwān (Ibn al-Djilliki) e Sa'dūn Surunbāqui”, p. 275 estima que puede tratarse del río Zêzere.

deben esperar ni ayuda de amigos ni clemencia de los enemigos, los dispone en formación para el combate, enviando una pequeña avanzadilla de caballería para poner a prueba las fuerzas de Hāšim.

El contingente emiral atraviesa el río y entabla escaramuzas con el enemigo en las que en un primer momento parece llevar ventaja, pero Sa'dūn reacciona con viveza y envía otro grupo de jinetes que se une a los que habían sido desbaratados y los fuerza a volver a la lucha. Una nueva carga de Hāšim y sus hombres vuelve a desordenar las filas de los rebeldes, pero Sa'dūn los arenga vehementemente y él mismo se lanza al ataque con todos sus hombres, sus estandartes desplegados. La violencia del ataque quiebra la resistencia de la tropa cordobesa, que sufre una dura derrota en la que mueren muchos notables. Separado de los suyos, Hāšim intenta volver a cruzar el río por el mismo vado que había utilizado antes, pero encuentra que el paso, que era estrecho y escabroso, se halla lleno de jinetes e infantes de los dos bandos que luchan arduamente; no tiene escapatoria, nadie puede ayudarle, no hay ningún otro lugar cercano por el que cruzar el río y la caballería de Sa'dūn va dando cuenta de sus hombres y acercándose hacia donde él se halla. Perdida toda esperanza, se apea de su montura y se sienta en el suelo sobre su escudo a aguardar la muerte. Dos caballeros del grupo de Sa'dūn se disponen a dársela, pero aparece un tercer combatiente y los detiene: "No se mata a alguien como éste. ¿Sabéis quién es? [...] ¡Es el señor del Islam después del emir Muḥammad! ¡Es Hāšim b. 'Abd al-'Azīz, el visir, general de este ejército!". Informado de la noticia, Sa'dūn no puede dar crédito hasta que no lo tiene ante sí. Exultante por la inesperada victoria y por el botín obtenido, el muladí y su cautivo se dirigen al castillo de Monsalud, que había sido desalojado por las tropas emirales. La batalla había tenido lugar el domingo doce de *šawwāl* del 262 (8 julio 876).

Hāšim escribe entonces –imaginamos que obligado por su captor– al infante al-Mundīr para que levante el cerco que mantenía sobre Cárquere, donde estaba refugiado al-Ŷillīqī. Ignoramos el desenlace de este episodio, por una nueva laguna en el manuscrito, pero posiblemente el infante debió de hacerle caso, pues en la siguiente escena que conocemos encontramos a al-Ŷillīqī y Hāšim dialogando en términos no muy cordiales. Le recordaba el rebelde al visir que, cuando habitaba en Córdoba durante su cautividad, le

solicitó que se les diera a él y a sus compañeros un pan mejor que el negro que les entregaban y que él replicó airadamente que el pan bueno era para personas mejores que ellos y que a santo de qué osaban pedir eso. Al recordar aquella afrenta, al-Ŷilliqī estuvo a punto de abalanzarse sobre Hāšim, pero éste lo calmó diciéndole que él sólo cumplía con sus deberes hacia el emir. Al-Ŷilliqī aceptó sus argumentos, pero le reprochó haber puesto un entusiasmo excesivo en perseguirlo, lo que le había llevado a la penosa situación en la que ahora se encontraba.

Hāšim conserva la vida por el momento, aunque tiene que contemplar cómo al-Ŷilliqī y Sa'dūn, llevándolo a él cautivo, se dedican a rapiñar la región de Lisboa, por donde pululan todo el resto del verano. Llegado el momento de separarse, los dos cabecillas discrepan a la hora de decidir el futuro de su prisionero: mientras Sa'dūn ve en él la llave para alcanzar la más alta consideración ante Alfonso III, su señor en esos momentos, y silenciar a los envidiosos que lo critican en su corte, al-Ŷilliqī pretende devolvérselo al emir Muḥammad para, una vez más, conseguir su perdón y el permiso para retornar a su tierra. Aunque Sa'dūn había aceptado al principio la idea de su compañero, sus hombres le hacen ver lo ventajoso que sería volver a territorio cristiano con un cautivo como Hāšim, por lo que solicita –y consigue– de al-Ŷilliqī que se lo devuelva.

Hāšim acaba así en manos del rey Alfonso III, quien conseguirá la fabulosa cifra de 150.000 dinares como rescate³⁴. El visir permaneció en poder del cristiano dos años (regresó a Córdoba en el 264/877-78), aunque su cautiverio no parece que fuera especialmente penoso: el rey quedó prendado de su distinción y su agradable carácter y lo convirtió en su inseparable acompañante en todo momento y ocasión, tanto en las audiencias oficiales como en los ratos de esparcimiento.

Con la entrega de Hāšim a Alfonso III por parte de al-Ŷilliqī y Sa'dūn se cierra la sucesión de acontecimientos que hemos querido presentar aquí como ejemplos del trato dado por los musulmanes andalusíes a los vencidos. Obviamente las vidas de los dos protagonistas principales de estos hechos continuaron más allá de este

³⁴ Sobre alguna reacción a la noticia del apresamiento de Hāšim, véase MOLINA, L., “Levántate, David”, *Al-Qanṭara*, XXIV, 2003, pp. 217-221.

momento en el que nos detenemos; vidas que siguieron siendo tan azarosas como lo habían sido hasta entonces y que merecerían que se les dedicase un estudio más pormenorizado que el aquí realizado. La riqueza de los datos que contiene el *Muqtabis* y que hasta ahora han sido poco utilizados lo permite e incluso lo exige³⁵.

4. Conclusiones

Los casos aquí analizados muestran una actitud claramente pragmática en el trato que se da al enemigo cautivado. Dicho trato depende, en primer lugar, de la “calidad” del derrotado: los que por su posición social, su influencia política o su poder económico son objetos potenciales de intercambio de cualquier tipo ven respetados sus cuerpos, incluso gozan de unos privilegios que, en ocasiones, despiertan resquemores entre ciertos sectores de la sociedad vencedora. Los perdedores “del común” arriesgan mucho más en estos envites y saben que sus vidas no valen nada para sus captores, que no vacilarán en darles muerte –si piensan que ello les reportará algún beneficio, les librarán de futuros problemas o, sencillamente, servirá de escarmiento a otros– o en convertirlos en esclavos si las circunstancias lo permiten. En los hechos que hemos narrado aquí hemos encontrado materializados todos estos supuestos, a pesar de que nos hemos ceñido a un tiempo y un espacio muy limitados. En ellos han coexistido comportamientos caballerescos con matanzas generalizadas: ni los unos han de ser atribuidos a la generosidad ni las otras han de ser achacadas a la crueldad; ambos responden al mismo criterio, que no es otro que el de obtener el máximo provecho, inmediato o aplazado, en una actividad económica como es la guerra.

³⁵ Por nuestra parte intentaremos contribuir a ello con la próxima publicación de una biografía de Hašim b. ‘Abd al-‘Aziz que habrá de incluir la traducción de los numerosos y extensos pasajes que a él se dedican en el *Muqtabis*.